

RECUERDOS

Bajo los tamarindos

Por MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO
(Conde de Canilleros)



L tamarindo me ha parecido siempre un árbol increíble. Su copa, vaporosa, casi etérea, con leves filamentos en vez de hojas, semeja una bola de gasa verde sobre el tronco rugoso y oscuro. No puede vivir más que en las inmediaciones del mar. Parece como si la brisa marina fuera su alimento. Su plenitud como árbol, pues en origen es arbusto, la alcanza principalmente en Biarritz y San Sebastián, más en esta última ciudad española.

Bajo los tamarindos de La Concha donostiarra conocí y traté a Esperanza Iris, la que un día fue proclamada «Reina de la Opereta». Ella estaba en la madurez de su belleza y fama; yo en los años de mocedad.

¡Qué armonía más admirable la de los encantos de aquella mujer con la gracia alada de los tamarindos! Y conste que aquí juega poco lo subjetivo, porque el enlace simbólico tiene muchos fundamentos: la belleza, la finura, el mar, la «Belle Epoque»... Esperanza era un símbolo de esa época, necesitaba el mar, para cruzarlo en sus jiras triunfales; era fina, hermosa...

Bajo los tamarindos charlamos muchas veces y supe de su vida y de sus cosas. Se llamaba, realmente, Esperanza Bofill Ferrer y había nacido en Méjico, en Villahermosa, capital del estado de Tabasco, el 31 de Marzo de 1888. Fue estrella en plena adolescencia y paseó triunfalmente su arte por América y Europa. Un periodista español dijo esto de ella:

«Hernán Cortés conquistó a Méjico para España; Esperanza Iris ha conquistado a los españoles para el arte mejicano.»

En realidad, su arte no era mejicano, sino universal.

Esperanza figuró a la cabeza de las compañías de opereta durante el primer tercio de nuestro siglo, actuando en los teatros de todas las capitales del mundo occidental, agasajada por monarcas, jefes de Estado y personajes. El Rey don Alfonso XIII la condecoró durante una de sus visitas a España. En dos continentes aplaudieron en ella las obras de Strauss, de Jones, de Lehar...

Aquellas charlas a finales de la segunda década de nuestro siglo, cuando yo no llegaba a los veinte años y la artista había pasado los treinta, fue todo mi contacto con ella, no largo, pero sí intenso; siempre en las últimas horas de la mañana, en La Concha, frente al mar, bajo los tamarindos. En la tertulia de Esperanza había aristócratas, periodistas, intelectuales... Cuando me despedí de ella me dijo:

—Espero que volvamos a vernos.

—Lo deseo vivamente —contesté—; pero tú viajas tanto, que nunca puede uno estar seguro de volverte a encontrar.

—Me encontrarás —agregó—; por lo menos aquí, en San Sebastián, el año que viene, reanudaremos nuestras charlas.

No volvimos a encontrarnos. Seguí sabiendo de ella, incluso por cartas suyas. Las últimas y más detalladas noticias me las dio un mejicano, precisamente, en San Sebastián, bajo los tamarindos, en el verano de 1962, cuando le restaba poco de vida a la artista:

—Esperanza, con sus más de setenta años, es una institución en mi país —me decía su paisano—. Ha vivido intensamente. Triunfó en el teatro y en el cine, pues en 1936 y 1937 hizo las películas «Mater Nostra» y «Noches de gloria». Se ha casado tres veces. El primer marido fue un cubano, Miguel Gutiérrez; el segundo, un español, Juan Palmer Arizo. Ambos hacen años que murieron. El tercer esposo se llama Francisco Sierra y ha sido barítono. En 1954 la hicieron hija adoptiva de La Habana y la condecoraron allí. Es dueña de un teatro en Méjico capital. Tiene en él su residencia, en el último piso del edificio.

Frente al mismo mar, bajo los mismos árboles, más de cuarenta años después de estar allí con ella, me hablaron de Esperanza Iris. Unos meses más tarde leí en los periódicos la noticia de su muerte, ocurrida en la capital mejicana, en la noche del 8 de Noviembre de aquel mismo año de 1962.

El entierro fue una manifestación de duelo popular. La comitiva partió de su teatro, mientras una banda interpretaba una selección de «La Viuda Alegre», la famosa opereta de Franz Lehar, que constituyera uno de sus más grandes éxitos. El marido pudo asistir al entierro por especial autorización para salir de la cárcel, en la que cumplía condena por complicidad en un complot que intentó volar un avión de pasajeros de la *Compañía Mejicana de Aviación*.

Todo un simbolismo de una época y de unos gustos, fue aquella mujer que yo conocí y traté en el esplendor de su belleza, frente al mar donostiarra y bajo los tamarindos,

A LA VIRGEN DE GUADALUPE

Patrona de Extremadura y Reina de la Hispanidad

VESTIDO DE SOL

Vestido de sol estrena	Fértil, dichoso color,
—efluvio de gracia plena—	que aromado de dolor
aun en la noche asombrada,	arcano designio encierra:
y por el sol regalada	¡trocar en cielo la tierra
le fue la color morena.	por sacrificio de amor!

RED DE LAGRIMAS

Voy de sorpresa en sorpresa:	No tengo escape ni huida,
Rehuyo verte y me miras,	que presa en la red llorosa
baldonarte no me pesa,	de tu atracción encendida,
te olvido y por mí suspiras...	se queda, mi alma viciosa,
y tu suspiro me besa.	doliente y arrepentida.

Si no te invoco, me llamas;	Mi alma, que su pecado
si no me arrimo, te acercas;	con protervia al cielo escupe,
y en la suave red que tramas	sólo Tú has purificado
desde fragosas Villuercas,	¡oh, Virgen de Guadalupe,
me enredas porque me amas.	seno amante del Amado!

Fernando BRAVO y BRAVO